

CIENCIAS HUMANAS Y COMUNICACION

POR

JORGE USCATESCU

En la perspectiva de una nueva época de la civilización, que ignorantes de todo el mundo se complacen en llamar postmoderna, del mismo modo que proclaman a voz en grito el «fin de la historia», más de una vez se ha querido integrar el universo de la comunicación en una especie de nueva «Ciencia Nueva». El magnífico Juan Bautista Vico hubiera manifestado su gran estupor ante la confusión de ideas en que se perfila esta pretendida nueva Ciencia, tan en contraste con su versión precursora del destino del hombre y la cultura. Tanto más, cuanto este nuestro universo de la comunicación irrumpe en la historia y en la vida planetaria en plena época post-historicista, cuyas antinomias, como hemos tenido ocasión de afirmar en varios estudios sobre el gran Juan Bautista Vico, solamente el abietto y comprensivo sistema viquiano hubiera podido superar.

Son diversos los aspectos bajo los cuales podría considerarse en la situación actual del mundo, el universo de la comunicación. En un «orden mundial anárquico» situado, como observaba Heidegger en sus escritos últimos, de carácter testamentario, bajo el signo de la ingobernabilidad, uno de los factores responsables de la gran confusión que reina, es el imperio negativo en esencia de los medios de comunicación y su empleo arbitrario y masivo al extremo. En el primer lugar, nos encontramos con el tema del lenguaje comunicativo y la presencia en su propia definición en gran parte deletérea, de las llamadas ciencias de la cultura. Desde el primer momento se insinúa en esta materia el debate intelectual del nexo entre estas ciencias de la cultura con el destino

mismo de la metafísica y de la capacidad de pensar y filosofar del hombre del año dos mil. En un orden reflexivo todavía más amplio y sin duda más actual, se trataría de plantear la idea del universo de la comunicación sobre el trasfondo de una superficial civilización planetaria y sus relaciones profundas y esenciales con un verdadero y auténtico diálogo entre las culturas en el momento en que aquí y ahora todos vivimos y aspiramos a una situación de claridad y serenidad de espíritu. Y finalmente, se trataría de proyectar la meditación sobre el universo de la comunicación sobre las actuales posibilidades de una nueva creatividad, a saber, de un arte y una cultura con posibilidades de expresión propias y originales.

Veamos, en primer lugar, cual es la posibilidad y cuales las situaciones de un verdadero lenguaje comunicativo. Al tema se refería una vez nada menos que Dante. Detengámonos por tanto en Dante, para no volver como se ha hecho tantas veces al «Crátilo» platónico y sus sugestivas ideas sobre esta complicada materia. En el Canto XXI (76-78), del «Infierno», Dante encuentra *l'anima sciocca* de Nemrod con su «fiera bocca cui non si convenia più dolci salmi», castigado para siempre con la cuerda al cuello por su «mal coto pur un linguaggio nel mondo non s'usa». Menuda Torre de Babel de Nemrod en este mundo nuestro de la comunicación con la superabundancia de informaciones y noticias y su universal confusión y degradación de lo que una nueva burocracia se limita a llamar, en puro estilo materialista, «bienes culturales». Siglos después de Dante, el profeta de nuestro tiempo, Federico Nietzsche, daba testimonio de su obsesión, como vamos a ver, por una falta de comunicación que para el profeta de Sils Maria no debía ser solamente una cuestión de lenguaje.

Mientras, otro profeta de los tiempos que corren, Dostoievski, al través de la complicada aventura psicológica de Raskolnikov, nos deja sus largas reflexiones sobre el «hombre solo», «el hombre al cual todo le está permitido» y sobre el encuentro del hombre con su conciencia en una soledad total, a saber, en una total falta de comunicación. Nuestro siglo, acaso con menos retórica que el siglo romántico, manifiesta la soledad y la incomu-

nicabilidad en la obra de arte, en la música, en el teatro, en la creatividad en general. ¿Qué otra cosa es sino denuncia de la in-comunicabilidad en un mundo con sobreabundancia de medios mecánicos o menos mecánicos de comunicación, el teatro más original del siglo, desde Strindberg hasta Pirandello, hasta Beckett y Génét? Fría soledad es la de la creatividad artística, de la poesía más significativa, desde Eugenio Montale hasta René Char. Nos hallamos en todo un siglo de vasta transición bajo el signo de lo que Rilke en la «Primera Elegía de Duino» llamaba patéticamente «el mensaje ininterrumpido que se forma del silencio». Para que todo pueda culminar en el análisis que H. Kimmel hace del destino de nuestra vida cotidiana, en una página dedicada a los «programadores TV del futuro». «Lo que importa, nos dice, es que esta máquina ruidosa, pesada, opresiva y dura no solamente despedaza la realidad a medida que pone su mano sobre ella, sino en el momento en que llega a formar parte también de aquellos que al manipularla son a su vez manipulados».

En efecto, sin advertirlo, esta máquina manipulada y manipuladora a su vez, abre su camino en la mente de los que la usan, con actitudes insidiosas que a veces traicionan a los que la usan mediante el lenguaje bajo utilizado por el mundo de los negocios. Esta máquina alienante ha creado no solamente a sus profesionales entre sus productores, sino que ha creado y seleccionado a sus propios realizadores y virtuosos de la realidad que la misma máquina deforma profundamente. Su imponente inmediatez cambia la realidad en algo donde la gente pretende llegar sin sentirse invitada, sino obligada a adoptar dicha actitud. La presencia de la gente ante esta cosa está limitada a sentarse frente a ella, esperando que ella le revele la *pseudorealidad* (1).

Alfin Toffler, el profeta de un universo de la comunicación social y humana perfilada en 1970 en el libro *El shock del futuro*, con tesis reactualizadas en 1980 con el libro *La tercera ola*, para respetar sus sacudidas futuristas decenales en 1990 ha publicado un libro titulado *Powershift* (El cambio del poder). Con

(1) Cfr. H. KIMMEL, en *Folia Humanistica*, Barcelona, abril, 1982.

bastante eficiencia, Toffler pretende demostrar que el universo de la comunicación contribuye aun que los Estados Unidos de América sean hoy y mañana más que nunca la primera e indiscutible potencia del mundo. Se trata de un proceso de largo alcance éste, a cuya historia y gestación Toffler no sabe aludir. En 1919 el utopista presidente Wilson por medio de su consejero principal, el tejano coronel House, ya configuraba a América del Norte como cabeza de un Imperio mundial. Con ello soñó y casi lo realizó, si no hubiera cometido tantos errores, engañado por sus consejeros que eran en gran parte hombres del astuto asiático José Stalin, Franklin Delano Roosevelt. Ahora que el Imperio comunista parece haber caído estruendosamente, a pesar de los coletazos de los «clubs» intelectuales sobre todo de Occidente, los papeles del Pentágono dan casi la seguridad de que el Imperio mundial está en las manos de América. Atrás quedan las tesis del inteligente Mac Namara, que hablaba de la necesidad de varios centros de poder en el planeta para aspirar a un nuevo orden mundial.

Pero volvamos a Toffler. Los medios de comunicación son hoy en Estados Unidos cabeza del mundo la base indiscutible entre otros de su «primacía cultural». Al déficit comercial americano, Toffler opone su enorme «superávit cultural» entendiendo por ello las «exportaciones de bienes culturales americanos». Todo ello unido al predominio del idioma inglés en el mundo. La gran prensa norteamericana, medio todavía importante en los Estados Unidos, continúa a ser importante en cuanto ha introducido como valor esencial de su misma estructura el «flash» bajo el influjo dominante de la Radio y de la Televisión. Hablando entre otras de la «modernización productiva» y su impacto en la vida familiar, Toffler afirma que este impacto es considerable. Cuando escribía Toffler, hace dos años, 35 millones de americanos trabajaban en casa utilizando medios electrónicos. Ahora esta proporción es sin duda alguna todavía mayor.

La cultura y el trabajo en una paradójica sociedad de masas, con un universo comunicativo desplegado a escala planetaria, están condenados a la soledad. «El mensaje ininterrumpido que

se forma del silencio», es esta vez el resultado inexorable de una multiplicidad de mensajes convertidos en medios. Y nosotros debemos interrogarnos sobre la situación y sobre cómo y porqué del encuentro, en nuestro tiempo, entre ciencia y cultura, antes que entre filosofía y ciencia. No hay otra explicación ni otro término final de este encuentro grave que no sea puramente deletéreo. La inquietud de la filosofía del siglo frente a esta situación difícilmente y escasamente previsible hace setenta años, no ha faltado. Uno de los espíritus más lúcidos, Edmund Husserl, proyectaba el destino de la cultura europea, en función de la transformación que la ciencia y la técnica tenían que producir sobre la esencia de esta misma cultura. «La crisis de la existencia europea, decía Husserl, tiene solamente dos vías de salida: la desaparición de Europa por una alienación que la opone al sentido racional de su propia vida, la caída en la hostilidad hacia el espíritu y en la barbarie, o el renacimiento de Europa gracias al espíritu de la filosofía por un heroísmo de la razón que supere definitivamente el naturalismo. El más grande peligro que amenaza a Europa es la laxitud». Y Husserl hacía una llamada casi patética a los *buenos europeos* contra el «peligro de los peligros». Se dirigía a la vocación de Occidente, al renacimiento de una fe de las mismas cenizas de la desesperación, y la laxitud. Al fénix de la interioridad y a una nueva espiritualidad. Se trata de un mensaje que ha manifestado su permanencia, mientras las ciencias humanas aumentaban su territorio, convergiendo entre ellas en su destino abocado a un crecimiento exorbitante integrado en un universo comunicativo cada vez más lejano de la interioridad y cada vez más abierto al gigantismo de los medios técnicos y cibernéticos, totalmente externos a todo tipo de vocación metafísica. Tan externos, que el propio Heidegger nos deja, para pasmo de muchos, en herencia, la unión entre metafísica (¿cuál metafísica?) y cibernética.

No cabe duda que tras el auge de las ciencias humanas está como primer impulso o «conatus» una exigencia del espíritu humano en nuestro siglo. Guillermo Dilthey que de las ciencias del hombre fue el promotor de clase, quiso unir en una misma re-

flexión ciencias de la cultura y metafísica. Luego el siglo quiso ser un encuentro feliz entre filosofía y ciencia. Pero un historicismo más o menos triunfante llevó a una situación exasperante las ciencias de la cultura o históricas o humanas y llevó a un proceso de inevitable crisis de la *humanistas* del hombre, crisis de la creatividad y de la metafísica misma que de la creatividad misma como «poiesis» es la expresión más noble y trascendente.

No cabe duda que las ciencias humanas han culminado en cierto modo sus actividades en el lenguaje mismo como expresión última de sus esfuerzos. Ha sido éste un proceso necesario e inexorable, ya propuesto y previsto por Husserl mismo en su célebre «Quinta meditación cartesiana». Aquella meditación que no era otra cosa en su esencia que la réplica a la objeción que la fenomenología formula al *solipsismo*. Husserl quería entonces demostrar que la intencionalidad, elemento motor de la fenomenología, en el espíritu instaurado por Brentano, el gran maestro de Husserl y más de una vez recordado por Heidegger, es la manifestación del *alter ego* en el ámbito de nuestro Yo trascendental. Así, una filosofía que pretendía alcanzar los límites de la ciencia y contestar al desafío de las ciencias humanas, quería plantear el problema del lenguaje como condición de la intersubjetividad trascendental y establecer los nexos entre el lenguaje y la comunicación, la estructura del silencio y los límites de la comunicación. Todo ello ha derivado ulteriormente en la exasperación de los problemas del lenguaje y la comunicación en una cultura de masas que reivindica en definitiva el silencio mismo como uno de los reductos últimos de la creatividad. Nace así una nueva especie de nuevo pensamiento escolástico y nominalista, fenómeno que justifica el éxito último entre los contemporáneos, filósofos del lenguaje como Wittgenstein, o lingüistas como Jakobson o teóricos del positivismo lógico, de la fascinante filosofía de un Guillermo de Ockham o Duns Escoto.

Es extremadamente curioso descubrir las anticipaciones de Nietzsche en esta compleja y fascinante materia. Dominado él mismo por el sentimiento de la soledad, el visionario de Sils María, habla abiertamente de la imposibilidad de la comunicación y

del silencio como límites de la verdad. Pero es siempre Nietzsche el que proclama que «un individuo aislado se equivoca siempre, pero con dos empieza de verdad». La verdad y la sabiduría y la «comunidad confortable». Y Zarathustra viene a decir, hablando con los animales: «Vuestra habla es mi reposo. ¡Tan dignos de amor son sonidos y palabras! ¿No son acaso (ellos) arco iris y puentes entre los eternamente separados? ... ¡Qué bella locura, las palabras!». Existe en Nietzsche una verdadera obsesión de la necesidad de comunicar y al mismo tiempo de violencia y limitación que el lenguaje opone a la verdad. «El lenguaje extremo muestra la violencia por la cual se intenta detener la ilusión». No es extraño que se haya dicho que Nietzsche y Kierkegaard, prefieran el lenguaje indirecto y el juego, lo lúdico, y la máscara. La máscara como locura y la locura como máscara. Arlequín. «Dios y Arlequín están cerca». Arlequín, doble inquietante de Zarathustra y también de Shakespeare. «No conozco, dice otra vez Nietzsche, ninguna lectura más absurda que la de Shakespeare. ¡Lo que habrá tenido que sufrir aquel hombre, para sentir de aquella manera la necesidad de ser Arlequín! ¿Hay quien entienda a Hamlet? No es la duda, sino de certeza lo que enloquece. Necesitamos ser profundos, abismales, filósofos para sentir así. Todos tenemos miedo de la verdad».

«No quiero ser un santo, sino más bien un Arlequín». Nietzsche establece también en lo que es sustancia del lenguaje y la creatividad, la curiosa y extraña aventura de las ciencias llamadas del hombre. Ciencias que se alejan mientras crecen y dan sus frutos —notables frutos en muchos aspectos— de la esencia de la *humanitas* del hombre. Todo ello como uno de los resultados negativos del estudio del hombre y de sus manifestaciones y realizaciones como ser histórico. Entre lenguaje y creatividad, la relación es permanente como presupuesto de las ciencias humanas. Pero se llega a un momento en que esta misma relación permanente hace que la creatividad misma sea puro lenguaje. Como en el pensamiento de los sofistas. Como en la fase alejandrina de toda cultura histórica. Todo se convierte en lenguaje. Y las ideas en nominalismo. Como en la tensión metafísica del teatro de Bec-

keti, el más profundo entre sus contemporáneos. «No hay más que palabras». No hace falta profundizar en las ciencias del hombre para determinar este resultado último. Y con todo esto no hay duda que el desarrollo de la teoría del lenguaje mismo ha llegado a un punto de valor y una apertura hacia horizontes siempre renovables. Es mérito suyo el haber introducido en la dialéctica real-imaginario un elemento de natura ambivalente que pertenece a un orden diferente y al mismo tiempo a una *identidad* en el sentido hegeliano de la palabra. Nos referimos al elemento *simbólico*. Su naturaleza se extiende allende lo real y lo imaginario y precisamente en su capacidad de rechace hacia la confusión de lo simbólico con lo imaginario, confusión posible en más de un sentido, es donde estriba su originalidad. Originalidad referente a algunas teorías del lenguaje contemporáneas con que culminan, acaso en un ambiente alejandrino de nuestra cultura europea, los resultados más estupefacientes de la ciencia de la cultura. O aquellas ciencias de la cultura denunciadas más de una vez por Heidegger como peligro máximo para la filosofía y la poesía, símbolos eternos del poder creador cuya expresión no menos permanente es el lenguaje.

En su encuentro culminante con la creatividad, el lenguaje busca las estructuras estéticas y semiológicas en un terreno que trasciende lo real y lo imaginario. En lo simbólico. «Nosotros no sabemos absolutamente por ahora en qué consiste este elemento simbólico. Podemos decir por lo menos que la estructura sensible no tiene relación con la forma sensible, ni con la figura de la imaginación, ni con una esencia inteligible. Nada que ver con una *forma*: porque la estructura no se define en absoluto mediante una autonomía del todo o del impacto del todo sobre la parte, al través de una *Gestalt* que se ejercitaría en lo real y en la percepción; la estructura se define, al contrario, por la naturaleza de ciertos elementos atómicos que pretenden dar cuenta a la vez de la formación del todo y de la variación de las partes. Nada que ver tampoco con *figuras* de la imaginación, aunque el estructuralismo esté todo él penetrado de reflexiones sobre la retórica, la metáfora y la metonimia. Porque estas figuras implican ellas

mismas desplazamientos estructurales que debe dar cuenta al mismo tiempo de lo propio y de lo figurado. Nada que ver finalmente con la *esencia*, por cuanto se trata de una combinatoria que se refiere a elementos formales que no tienen por sí mismos, ni forma, ni significación, ni representación, ni contenido, ni realidad empírica dada, ni modelo funcional hipotético, ni inteligibilidad, tras las apariencias (cfr. Gilles Deleuze, *A quoi reconnaît-on le structuralisme?*, en «Histoire de la Philosophie». Le XXème siècle, 1973, pág. 301).

Situación compleja ésta en el campo de la creatividad donde se refleja en la posible explicación global del fenómeno de las vanguardias con una nueva especie de unidad fundamental entre «poiesis», «Physis» y «Tecné» en el proceso del arte. Aquel proceso del arte puro como pura *religiosidad*, al cual alude Giovanni Gentile. Pero se trata de una situación cuya explicación permanece mutilada si queremos y podemos precisar cual es la situación de la metafísica en la hora de máxima tensión de las ciencias del hombre. ¿Cuál es por tanto el lugar de la filosofía en el punto en que las ciencias del hombre sitúan su conexión culminante en un momento en que se forma una «unidad intermonádica» a la manra de Husserl, formada por la síntesis entre lenguaje y creatividad? ¿Es ahora la filosofía lenguaje y creatividad o ambas cosas? ¿Cuál es la relación esencial entre una cultura esencial —la nuestra— con su esfera primordial, como decía Husserl, o cualquier cultura extranjera? Todo ello en un momento en que acaso se cumple el deseo de Husserl de que la filosofía sea ciencia, que no tiene que ver con la tan practicada filosofía de la ciencia.

La exacerbación de las ciencias del hombre, el impacto de la ciencia, la técnica y el proceso cibernético hace difícil en extremo una comprensión del universo de la comunicación a la luz de la filosofía, en un momento en que la filosofía y la metafísica se hallan en la edad de la *anti-filosofía*. El gigantismo y la autosuficiencia «ad satietatem» de los medios de comunicación y de información, cuyas consecuencias más paradójicas son nada menos que la incomunicación (una especie de incomunicación fría

que no implica en absoluto la soledad reflexiva) y la desinformación. Es una situación típica de nuestro tiempo y no solamente de una especie de crisis cíclica o en cierto modo permanente, como venía a decir Sciacca, de la cultura. Además de la tiranía de los esquemas y los dogmas, además de la anarquía de los espíritus, la cultura dominada por los medios de comunicación, la técnica y la cibernética, es exactamente esto: una cultura destinada a una confusión y distorsión de los valores. Lo que Nietzsche profetizaba como «Umwertung aller Werte». La situación es tal, que una respuesta metafísica a los problemas que crea la exacerbación de las ciencias humanas y del universo de la comunicación, se hace aquí y ahora imposible. Lo que Dilthey iniciaba hace un siglo, a saber, llevar la reflexión filosófica a la experiencia de los hechos de la cultura, acaba en la imposibilidad misma de esta reflexión por cuanto las ciencias de la cultura y la presencia de la técnica en la cultura hacen imposible una respuesta metafísica. Pero la situación lleva a la paradoja. No es por esto absurdo afirmar que la metafísica continua a ser por su misma actualidad algo inactual. Inactual al mismo tiempo que indispensable. Reflexión, meditación, comunicación y diálogo son hoy solamente palabras inmersas en el inmenso lenguaje de las palabras, como hemos tenido la ocasión de afirmar recientemente (2). A la manera agustiniana, se torna actual o actualidad la autopresencia del ser conociente. Radicar una vez más el conocimiento de la metafísica, es acaso el imperativo de la hora presente. Proyectar una reflexión sobre las características ontológicas del mundo de la comunicación y su compleja realidad, su influjo sobre el desarrollo de la cultura y la religión y el arte, sobre la metafísica y la comprensión humana, la dialéctica del materialismo difuso-espiritualidad necesaria y eficiente, es aún, a pesar de las apariencias, misión de la metafísica y la filosofía.

Por todo ello, es preciso analizar una vez más la situación.

(2) Cfr. JORGE USCATESCU, *Le scienze umane e la crisi della metafisica*, Conferencia inaugural del Congreso del Institut d'Etudes Européennes Bolzano, 1990, vol. «Crisi di identità nella cultura europea contemporanea», Edizioni Scientifiche Italiane, Napoli, 1992, págs. 11-25.

Aquella «geistige Situation der Zeit», que hizo célebre hace cincuenta años a Karl Jaspers. Frente al universo de la comunicación, complejo y unívoco a la vez, el pensamiento pensante debe hacerse presente y vigilante. Junto con la pregunta: ¿Es todavía posible el pensamiento conociente en cuya compañía la mente humana debería despertar del sueño pesante y confuso en que se encuentra? ¿Dónde el universo de los medios de comunicación y de información lo condicionan y lo encaminan hacia un verdadero olvido del ser? El que piensa sobre la situación del tiempo se debe preguntar: ¿La experiencia de las ciencias del hombre y del mundo de la comunicación hacia el cual todas convergen en su explosión y su monopolio especulativo y práctico, sin nexo radical con la filosofía, consumada su exaltación en una auténtica crisis, la unión arbitraria entre ciencia y filosofía o la misma unión entre filosofía y religión, la desaparición de la ontología, la destrucción y el olvido del ser, pueden acaso afrontar una situación ya hace tiempo instalada en el espíritu?

El mayor relieve y quizás el más espectacular de esta realidad, absolutamente nueva en la historia, reposa en una paradoja. El predominio y las posibilidades mismas de los medios de comunicación, debería asegurar la aparición de una cultura planetaria y de un diálogo de amplia dimensión entre las culturas del planeta entero. Mecánicamente, la cultura planetaria es un hecho. Hechos de cultura como el arte abstracto y el cinema, parecen presentes por doquier en un grado jamás conocido en la historia. Pero se trata de una cultura superficial, donde el pensamiento pensante no encuentra puesto. En un «orden anárquico» planetario, el signo más relevante del desorden ontológico lo constituye el abismo que en el fondo, se abre en las culturas tradicionales. Mientras crece la curiosidad y el interés por las cosas recíprocas, retrocede la comprensión y el influjo mutuo. Con todo esto, la llamada cultura planetaria es un hecho. Un filósofo como Ugo Spirito hacía de ella el mensaje de su última meditación. Hasta el punto que Spirito llega a hablar de «unificación del mundo» por el arte y a través del arte. El arte abstracto, la arquitectura urbanística y el cinematógrafo son para él los instrumentos de esta cultura

planetaria, por cuanto integrados en un verdadero universo de la comunicación. Spirito llega incluso a hablar del silencio de las tradiciones milenarias frente al asalto de estos medios unificadores no solamente en el dominio mecánico, sino también en el dominio de la creatividad. Frente a la incapacidad de una presencia metafísica en el ámbito de esta cultura planetaria, al filósofo le es indiferente que la nueva creatividad se halle fuera de la lógica y de la metafísica. Importante es para él que su difusión y conocimiento correspondan a una voluntad comunicativa, a una difusión y una comunicación, «mundiales». La falta de nexos radicales y de contenidos radicales vitales, sería lo que aseguraría la circulación del arte en todos sus aspectos desde la plástica a la arquitectura, el arte industrial y la música —también clásica— y el arte clásico en general, que circularía mediante muestras y conciertos internacionales, sin hablar del arte de la imagen. Junto a todo esto, como proceso unificador integrador gracias a las posibilidades de los medios de comunicación, la ciencia y una nueva concepción filosófica basada sobre fundamentos científicos y en cualquier caso postmetafísicos, vendría a completar el universo de la comunicación como el de la civilización planetaria (3).

El discurso de Ugo Spirito se inscribe naturalmente en una realidad problemática, y un discurso final de la misma naturaleza es también el desconcertante discurso de Martin Heidegger en su «*Unterwegs zur Sprache*» y otros textos últimos cuando habla misteriosamente de una hermandad entre metafísica y cibernética con dentro el invadente universo de la comunicación. Es precisamente en esta fase de la filosofía heideggeriana cuando se trata de la posibilidad de un diálogo entre las culturas. Curiosamente, la elección del diálogo entre un japonés y un europeo puede proyectarse perfectamente sobre el significado y las consecuencias del mundo de la comunicación. En efecto, el interlocutor japonés se detiene en lo que el lenguaje significa en cuanto a diferencia

(3) Cfr. JORGE USCATESCU, *Estética y cultura planetaria en el pensamiento de Ugo Spirito*, en «*Il pensiero di Ugo Spirito*», Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1990, págs. 579 y sigs.

esencial e insoslayable entre culturas. Desde el otro extremo del planeta, se le reprocha al lenguaje de la cultura europea el ser la expresión del horizonte de la cultura europea. Cultura esencialmente dominante, dominada a su vez por la razón intocable, por el deseo de europeización del hombre y la tierra y del éxito irrefrenable de la racionalización técnica, cuyos medios de comunicación constituyen una representación fiel de esta misma baja racionalización. Se trata de un proceso que parece destinado a agotar todas las fuentes y raíces de lo esencial.

Lo que Heidegger elude en aquel momento reflexivo es afirmar que este agotamiento de lo esencial se vuelve sobre sí mismo y más que en los otros, provoca profundas mutaciones esterilizantes en la propia cultura occidental protagonista máxima de una total integración en el universo de la comunicación. Una especie de comunicación puramente material. Se insinúa que el único encuentro posible sería entre una civilización que abandona la metafísica y otras que siempre habían ignorado la «diferencia» metafísica.

Se torna cada vez más esencial, en tales circunstancias, la pregunta sobre el destino del hombre, de la cultura en el universo vasto, dilatado y superficial de la comunicación. ¿Es posible esperar en talas circunstancias en una nueva forma de humanismo? ¿Pensar en la necesidad de una metafísica del pensamiento pensante y reflexivo, opuesto al pensamiento puramente calculador que el mismo Heidegger considera como específico del mundo de la técnica y la cibernética, significa acaso abrir una vía para crear una solución de instaurar un nuevo humanismo? ¿Significa buscar aún la verdad en la cultura y de la cultura, salvar la cultura misma y los valores suyos de la inmersión en el mundo de la comunicación técnica y cibernética? ¿Pero en la realidad, cuál es el estado de la cultura y del hombre en el mundo? Es cierto que la pluralidad de culturas existe aún y se manifiesta en varios sentidos. La cultura de la comunicación está destinada, con todo, a «unificar» en el mayor grado posible estas culturas, a un cierto nivel, nada profundo y esencial, a pesar de las reacciones de autonomía, conservación e independencia. Es el «*fatum*» de la técnica

y la cibernética. Y en la gestación misma de la ciencia y la técnica modernas, según Heidegger, existe la predeterminación del destino de la cibernética, factor esencial en el universo de la comunicación. Se trata en realidad de un destino esencialmente humano que concierne la suerte del hombre humano. Así que, nos viene a decir el filósofo haciéndose eco de la fatal subversión nietzscheana de los valores, el destino de la ciencia, la técnica y la cibernética ha de ser entendido paradójicamente como destino humano. Un destino humano de grado inferior, no lejano por esencia del destino humano en la Utopía orwelliana (4). La posición del hombre insertado en la civilización de los medios de comunicación, es radicalmente nueva. Según el pensamiento calculador, el nexo del hombre con el mundo sería puramente técnico, sin una base espiritual. La confusión axiológica y espiritual no tendría límites. La técnica reina sobre la tierra. ¿Pero cuál es el significado de la técnica si no la «agresión contra la vida y contra el ser mismo del hombre?». Según la «Gelassenheit» heideggeriana, el hombre se hallaría sin defensa contra la agresión «si allí donde el juego se revela decisivo, el hombre renunciase al pensamiento que medita contra el pensamiento calculador». Es preciso por tanto despertar de nuevo el pensamiento meditante, removerlo constantemente, para «radicar las obras humanas en el terreno nativo». Es preciso ahondar nuevas raíces, en una nueva tierra que ni la era atómica, ni la era industrial con su enorme poder destructivo de la riqueza ecológica, ni la cibernética, ni sencillamente el mundo de la comunicación deberían excluir definitivamente. El hombre no debe lanzarse con la cabeza baja, ciegamente, contra el universo o en el universo de la técnica. Debe servirse de las cosas técnicas, no como simples instrumentos, sino como algo que pertenece a su propio ser creativo, en forma autónoma, manteniendo la distancia. Pero para ello ha de conservar el ánimo sereno y tranquilo y hacer que nuevas raíces se hagan posibles, en una tierra que no ha de ser tierra baldía.

(4) Cfr. JORGE USCATESCU, *Saggi di cultura e filosofia*, Studio Editoriale di cultura, Génova, 1981, págs. 115 y sigs.

Recuperar la seguridad del antiguo bosque y la seguridad del lenguaje, recuperar el coloquio con la filosofía, queda como único camino justo y firme en el confuso mundo de la técnica y la comunicación que aplasta el espíritu abocado a un destino inexorablemente igualitario. Todas las ciencias dichas del hombre acaban aquí. En la cibernética y la comunicación técnica superficial. He aquí la singular aventura de aquellas ciencias llamadas humanas que llenan un siglo en que la creatividad y la hermenéutica se confunden. Para orientarse aún en la nueva selva de hilos, computadores y falsas noticias conviene buscar un nuevo pensamiento que ha permanecido en reserva, fuente de una nueva «Lichtung», una nueva claridad y una nueva «Anwesenheit» una nueva presencia esencial.

¿Qué hará este pensamiento en reserva en la soledad física y en el obligado retiro de la habitación última de nuestra existencia y de nuestro existir? Concretamente frente a la permanencia de un mundo complejo, abundante en información y comunicación que llega *volens nolens* a todos nosotros todos los días por medio de los medios de comunicación y más directamente mediante la televisión. No comprar los periódicos es todavía posible como medida provisional y precaucional de conservar el pensamiento en reserva. Apagar la televisión radicalmente acaso no sea por ahora posible y menos en el futuro, cuando la Televisión y el computer se convertirán en medio de trabajo del hombre atado ya para siempre a la silla sedentaria, en una sociedad inmóvil y universalmente pseudoalfabetizada. Pero la técnica misma, como siempre, empieza a ofrecer el medio para combatirla en su dilatada mediocridad. Se trata de un pequeño instrumento del cual se habla en abundancia por todas partes. Tiene un nombre americano, naturalmente, y se llama «zapping». Mando a distancia, aunque no se sabe que pueda mandar: el cambio de canal en la misma línea de la publicidad y la mediocridad de los programas o el silencio total. En el universo de la comunicación, confusa y mediocre, la libertad real, la libertad del pensamiento pensante o simplemente el libre albedrío sobre el cual discutían Erasmo y Lutero en los comienzos de la Edad Moderna que ahora se apaga,

dependerá cada vez más del «zapping» o mando a distancia. El combate final tendrá lugar entre el «zapping» y todos los poderes de la «persuasión clandestina». Apretar el botón para librarse del peso de la «caja tonta» —la Televisión con todos los canales en aumento—, peso que ella ejerce sobre nuestra atención, nuestro ocio o nuestra cultura última, que pretende ser la situación de cada día del mundo de la comunicación, sea ella publicidad o «programas culturales» entre comillas. Un periodista estúpido llamaba el «zapping» la «coquetería de las viejas damas». En realidad, este pequeño instrumento con botones mágicos quiere ser un gesto instintivo o un instrumento salvador ante el inminente ingreso de todos en la Utopía orwelliana.